

DALMAU. No se trata de eso. Quiero decir que Marcelita se desarrolla rapidísimamente, y que se está poniendo muy guapa.

PLINIO. ¡Si ahora va usted á preocuparse de la hermosura física!...

DALMAU. No confundamos, Plinio; no es preocupación; al contrario. Pero, ya que el matrimonio se impone, convendrás conmigo en que ciertas obligaciones serán más agradables de cumplir dándose el caso de una mujer... digamos como el vulgo... de buena presencia. ¿No opina usted lo mismo, don Tomás?

TOMÁS. Yo, en ese punto, amigo, carezco de experiencia personal.

GERTRUDIS. ¿Qué dices?

TOMÁS. Nada, Gertrudis, nada.

PLINIO. Está usted pervirtiéndose, doctor.

DALMAU. ¿Y tu señora tía?

GERTRUDIS. De eso hablábamos.

DALMAU. También es guapa.

PLINIO. ¡Doctor!

DALMAU. ¡No te alarmes! Soy monógamo por convencimiento y por higiene; pero tu señora tía es un caso de belleza equilibrada. Tiene ojos bien proporcionados, boca atractiva y unas líneas anatómicas que, francamente, desconciertan las teorías más castas. Está llamando la atención en el pueblo.

GERTRUDIS. ¡Con sus extravagancias!

DALMAU. Algo hay de eso también.

GERTRUDIS. ¡Ay, doctor, compadézcanos usted!

DALMAU. ¿No vuelve Marcelita?

TOMÁS. ¡Marcela! ¡Marcela!

ESCENA VII

DICHOS, DON SEVERO y el CANÓNIGO.

SEVERO. Desde la verja. ¿Se puede?

TOMÁS. Adelante, señores.

CANÓNIGO. ¿Estamos seguros?

TOMÁS. ¿Cómo seguros?

CANÓNIGO. Quiero decir, si están ustedes solos.

TOMÁS. Hombre... Gertrudis, Plinio, el Doctor...

CANÓNIGO. Bien, bien. Gente de paz. A Gertrudis. Ya usted me entiende.

GERTRUDIS. ¡Ay! Sí.

SEVERO. ¡Qué calor hace! Vengo sofocado. Se sienta en la mecedora. Un abanico. ¡Hombre, qué bien huele!

CANÓNIGO. A tentación, don Severo, créame usted á mí. Esos olores de ámbar y rosas son añagazas del demonio para pescar incautos.

PLINIO. Aquí no creemos en el demonio.

CANÓNIGO. Pues hacen ustedes muy mal, sobre todo teniéndole en casa y en la más peligrosa de sus formas. En forma de mujer. ¿No nos oye?

GERTRUDIS. No, señor. Ha salido.

SEVERO. Si la acabamos de encontrar en la plaza... con ese joven de los automóviles.

PLINIO. ¡Un escándalo!

CANÓNIGO. Un verdadero escándalo. Mal está que yo haya reparado en ello, ¡pero se recoge la falda de un modo!...

SEVERO. ¡Lleva medias caladas!

CANÓNIGO. ¡Don Severo!

SEVERO. Digo que lleva medias caladas.

GERTRUDIS. ¡No sé dónde vamos á llegar!

ESCENA VIII

DICHOS, DON GUMERSINDO y DON PASCUAL.

PASCUAL. ¡Dios guarde á ustedes!

GUMERSINDO. ¡Salud á los colegas y á las damas!

TOMÁS. Buenas tardes, señores.

TODOS. Buenas tardes:

GUMERSINDO. ¡Vengo sofocado!

SEVERO. Hombre, ¿también usted?

TOMÁS. Pues ya va cayendo la tarde.

GUMERSINDO. Si no es el calor el que me sofoca.

Es... no sé si debo...

CANÓNIGO. Dígalo usted... colega... Es la mujer.

PASCUAL. ¡Muy bien, muy bien!

GUMERSINDO. ¡Hombre! ¡Así, la mujer, en general!...

SEVERO. De sobra sabemos á cuál quiere usted referirse.

GERTRUDIS. ¡Ay, sí!

GUMERSINDO. Por ahí nos la hemos encontrado con una sombrilla colorada, que es una verdadera provocación.

PASCUAL. ¡Justo! Una provocación... Nos ha saludado muy amable; porque amable lo es.

CANÓNIGO. También lo era el ángel rebelde.

PASCUAL. Y nos ha dicho que iba á bañarse al río.

GUMERSINDO. ¡Al río! Eso es lo que me saca á mí de quicio. ¡A bañarse al río!

DALMAU. El baño es un práctica de higiene que no tiene nada reprobable.

GUMERSINDO. Pero es que uno tiene sus aficiones,

sus costumbres de toda la vida. Yo, por ejemplo, desde hace treinta años acostumbro á sestear en la espesura á orillas del río.

SEVERO. ¿Leyende á Horacio?

GUMERSINDO. Leyéndome á mí mismo. Es decir, meditando. Y desde que esa señora ha dado en la gracia de irse á bañar al río en las horas de siesta...

SEVERO. ¡Adiós meditación!

PLINIO. ¡Me dan ustedes lástima! Todos le miran con asombro. Sí, lástima. Luego hablan de la fortaleza de la edad madura, de la serenidad, de la experiencia. Veintitrés años tengo, vivo hace una semana bajo el mismo techo que esa mujer, y aquí me tienen ustedes.

SEVERO. También á nosotros nos tienes aquí.

PLINIO. ¡Vergüenza da pensar que tenga yo que dar en esta reunión ejemplo de fortaleza!

CANÓNIGO. Plinio, torres más altas han caído.

PLINIO. Darle tanta importancia á una mujer, cuando todos sabemos lo que es eso.

TOMÁS. Yo no lo sé.

PLINIO. Un ser incompleto; un sistema nervioso con piel color de rosa.

TOMÁS. ¡Pero qué piel más fatal!

GERTRUDIS. ¡Señor, señor! Esta casa, que ha sido siempre un oasis de paz y concordia; Julia ha venido á destruirlo todo.

GUMERSINDO. Es cierto; su influencia se deja sentir en toda la ciudad. Todos los socios del Casino están locos por ella.

SEVERO. La siguen por la calle.

GUMERSINDO. Sí; hasta hombres de edad, que hacía

más de cuatro años que no habían salido de casa.

GERTRUDIS. ¿Y las mujeres? Por hacer como ella, todas van por la calle vestidas de claro.

CANÓNIGO. Hasta á la Catedral se han atrevido á entrar con esos atavíos; y han tomado el claustro por asalto.

GERTRUDIS. ¿Tú que dices á esto?

TOMÁS. Repito que tú tienes la culpa de que haya venido. Dile que se vaya.

GERTRUDIS. ¡Yo!

TOMÁS. Con buenas palabras.

GERTRUDIS. No puede ser. Es la mujer de mi hermano.

TOMÁS. Inconvenientes de la familia.

PLINIO. Sí; la familia es una institución llamada á desaparecer Mirando al Canónigo, como otras muchas.

CANÓNIGO. ¿Qué quieres decir con eso?

GERTRUDIS. ¡Por favor, Plinio! ¡Por Dios, señor Magistral! ¡No se alteren ustedes. Señor, Señor! Pausa. El caso es que hay que decirle algo; pero ¿quién se lo dice?

CANÓNIGO. Aquí, el joven de la fortaleza.

PLINIO. Pues sí, señor. Se lo diré.

TOMÁS. Plinio, hijo mío, estás muy excitado, y el verdadero filósofo nunca pierde el dominio de sí mismo.

PLINIO. Le aseguro á usted que estoy completamente sereno, y que diré lo que tenga que decir.

PASCUAL. ¡Muy bien, muy bien!

GERTRUDIS. ¡El Señor nos ampare!

CANÓNIGO. ¿Qué sucede?

GERTRUDIS. ¡Que viene!

PLINIO. ¡Me alegro!

GERTRUDIS. ¡Pero no viene sola!

ESCENA IX

DICHOS, JULIA, SEÑORITAS 1.^a, 2.^a, 3.^a y 4.^a. Después MARCELA. Entran Julia y las señoritas con grandísima algazara.

JULIA. Adelante, adelante. Pasen ustedes. Marcela, Marcela. A los sabios. Buenas tardes, señores.

A doña Gertrudis. ¿Dónde está Marcela?

GERTRUDIS. No lo sé.

MARCELA. Bajando apresuradamente. Aquí estoy.

JULIA. ¿Dónde te has metido? Iba á tomar un baño Don Gumersindo se estremece, pero en el camino me he encontrado á estas niñas y no me han dejado seguir. Figúrate que vienen á pedirme un consejo para su función de hijas de María. Quieren poner un altar precioso.

SEÑORITA 1.^a Y como usted tiene tan buen gusto...

TODAS. Eso es, eso es.

JULIA. Tenemos que buscar una porción de cosas: yo debo de tener unos pedazos de seda. Nos llevaremos unos cuantos tiestos, con permiso de Plinio. Son para la Virgen. Todas hacen ruido y palmotean. ¡Ay, señor Magistral, le vamos á tomar á usted por asalto la sacristía!

CANÓNIGO. ¿No tienen ustedes bastante con el claustro?

JULIA. Quéjese usted y estamos en camino de santidad.

GERTRUDIS. ¿Qué es esto?

ESCENA X

DICHOS y una Comisión de MUCHACHOS.

JOVEN 1.º ¿Se puede entrar?

JOVEN 2.º ¿Se puede?

TODOS. ¿Se puede?

TODOS. Buenas tardes, señores.

JOVEN 1.º Ustedes dispensen. ¿Está doña Julia?

GERTRUDIS. No lo sé.

JULIA. Aquí estoy, aquí estoy. ¿Qué ocurre?

JOVEN 1.º Señora...

JOVEN 2.º Señora, venimos á ver á usted en comisión.

JULIA. ¿Y puede saberse á qué debo el honor?...

JOVEN 1.º Es muy sencillo. La juventud de Vilatriste, entendiendo como debe la honra que usted nos hace con su permanencia aquí...

JULIA. Bueno, discursos, no.

JOVEN 2.º Pues sin discursos, los socios del Casino hemos acordado dar un baile para tener el gusto de bailar con usted.

JULIA. Así me gusta.

JOVEN 3.º Y venimos á pedirle dos cosas: primera, que fije usted el día.

JULIA. ¿El día? Dificilillo va á ser... El martes, ¿les parece á ustedes el martes?

JOVEN 4.º Día aciago.

JULIA. Bailando no se nota.

JOVEN 1.º Muy bien dicho.

TODOS. ¡Bravo, bravo!

JULIA. Pues el martes.

JOVEN 3.º Y ahora la segunda parte. Queremos organizar un cotillón.

JULIA. Un cotillón... ¡Magnífico!

JOVEN 2.º Y queremos que usted, que estará más acostumbrada, si no le molesta, nos dé alguna idea para las figuras...

JULIA. ¿Las figuras? ¡Ah! Sí. Me parece que tengo un periódico inglés con unas muy bonitas y muy nuevas. ¿Usted es el presidente del Casino, verdad, don Gumersindo?

GUMERSINDO. Sí, señora; honorario.

JULIA. Buena revolución vamos á armarle á usted. Por supuesto que el cotillón de honor lo baila usted conmigo.

GUMERSINDO. ¡Señora, yo!

JULIA. Quéjese usted, después que va usted á ser el rey de la fiesta. Entre tanto se han formado grupos.

Marcela con Enrique y los muchachos con las muchachas.

PASCUAL. Muy bien, muy bien.

DALMAU. Muchachas saludables.

PASCUAL. Hay espectáculos que alegran las caras, ¿eh, don Severo?

SEVERO. ¿Quiere usted callarse?

CANÓNIGO. Tiene el diablo en el cuerpo.

GERTRUDIS. Hay que tomar una resolución.

CANÓNIGO. ¡A la brecha, Plinio!

PLINIO. Dispuesto estoy.

TOMÁS. ¡Hijo, ten prudencia!

SEVERO. Confidencial á don Gumersindo. ¡También las otras llevan medias caladas!

GUMERSINDO. ¡Don Severo!

CANÓNIGO. ¡Es un escándalo! ¡un verdadero es-

cándalo! Se separan unos de otros y pasean por la escena con gran agitación. Unos hacen gestos de indignación. Don Pascual de mal disimulado regocijo. Dalmau y don Severo tienen expresión ambigua, como si quisieran alegrarse y no se atrevieran. Don Tomás, de tristeza resignada. Plinio, de orador satisfecho de si mismo.

JULIA. Quedamos en eso.

SEÑORAS. Gracias, gracias.

SEÑORA I.^a Es usted muy amable.

JULIA. Nada de eso.

JOVEN 2.^o Se hará todo lo que usted quiera. Votaremos un crédito extraordinario.

JULIA. ¿Y si les arruino á ustedes?

JOVEN 3.^o Usted se lo merece todo.

TODOS. Todo, todo.

JULIA. Así me gusta á mí la gente: entusiasta.

SEÑORA I.^a Con permiso de ustedes, nos retiramos.

JOVEN I.^o Y nosotros también. Hasta luego.

JULIA. Hasta mañana, niñas. Hasta luego, señores.

JOVEN 3.^o Que la esperamos á usted de seguro.

JULIA. No faltaba más. ¡Adiós, adiós, adiós!

SEÑORAS. Adiós, Marcelita.

JÓVENES. Señores, buenas tardes.

SEÑORAS. Adiós, doña Gertrudis y la compañía.

JULIA. Qué niñas tan simpáticas, ¿verdad, Gertrudis?

GERTRUDIS. Mucho. Vamos, Marcela. Sale con Marcela y el Doctor la sigue, no sin mirar antes á Julia con aire entre curioso y galante. Julia hace un gesto entre asombrado y risueño.

JULIA. ¡Y qué galantes los muchachos! Ya puede usted estar orgulloso de los socios de su casino, don Gumersindo.

GUMERSINDO. Mucho. Sale seguido del Canónigo que mira á Julia como al demonio.

JULIA. Pero, ¿qué le pasa á esta gente, don Severo? ¿También usted se marcha?

SEVERO. También, señora.

JULIA. ¿Y usted, don Pascual?

PASCUAL. También, señora.

JULIA. ¿Y tú, Tomás? Don Tomás se aleja resignado. Por lo visto esto es una conjura. Los mira marchar á todos: se asombra; se pone muy seria; después se sonríe y mira en derredor hasta que ve á Plinio.

ESCENA XI

JULIA Y PLINIO.

JULIA. ¿No te vas tú también?

PLINIO. No, me quedo.

JULIA. Me alegro; así me explicarás por qué se han marchado los otros.

PLINIO. Cuando usted guste.

JULIA. ¡Luego hay una explicación! Pausa. Habla. Pausa. Vamos, lo tendré que decir yo. ¡Me tienen miedo! ¡Já, já, já!

PLINIO. No se ría usted.

JULIA. ¿El caso no es de risa?

PLINIO. No, señora.

JULIA. Pues lo siento tanto. Pausa: se sienta en la mecedora y mirándole muy gravemente parece esperar lo que él ha de decir, pero cuando se dispone á comenzar el discurso, se le adelanta.

PLINIO. Señora...

JULIA. Conque miedo, ¿eh?

PLINIO. Cuando usted lo dice...

JULIA. ¿Y tú no tiembles?

PLINIO. No creo que haya motivo para temblar.
JULIA. Así me gusta. ¡Dame la mano! Hijo, tú te lo pierdes. Pausa.—Se mece mirándole á hurtadillas: él duda un momento; luego se decide á volver á empezar el discurso; ella le interrumpe inmediatamente.
PLINIO. Señora...
JULIA. ¿Conque miedo, eh?
PLINIO. No, señora.
JULIA. Respeto, vamos.
PLINIO. ¡Tampoco!
JULIA. ¡Ah... tampoco! ¡Digo si son galantes los sabios!
PLINIO. Aquí no se trata de galantería.
JULIA. Pues mira, es lástima.
PLINIO. ¿Por qué?
JULIA. Porque se trata de mí.
PLINIO. ¡Ah!
JULIA. De mí... que soy mujer.
PLINIO. Señora: ante la serenidad de lo intelectual, la cuestión de sexo no significa nada.
JULIA. También es lástima.
PLINIO. A usted por lo visto le da lástima todo.
JULIA. ¿No ves que si no me va á dar risa?
PLINIO. Con usted no se puede hablar...
JULIA. Eres el primer hombre que me lo dice.
PLINIO. Y usted la primera mujer...
JULIA. Acercándose. Que te ha mirado cara á cara. No te asustes, que no tengo mirar de basilisco.
PLINIO. ¡Haga usted el favor de no acercarse!
JULIA. ¡Já, já, já! Vuélvete á sentarse en la mecedora á mecerte.—Pausa.—Plinio se acerca un poco. Conque miedo, ¿eh? Plinio, ya furioso, va al fondo del jardín. ¿Te has enfadado?

No vale la pena. Acércate. Siéntate en esa silla. Vamos á hablar en serio. Te prometo que en serio. Plinio se sienta. ¡Ajajá! Ya comprendo yo... el disgusto tan grande que causa tener un discurso preparadito y no poderle pronunciar. No te levantes. Porque tú trañas un discurso preparado, no me lo niegues. Te lo he conocido en el ceño y en el estirarte los puños de la camisa: ese es un gesto muy oratorio. Te he hecho rabiarse un poco. Perdóname. En cambio ahora soy toda oídos. Empieza. Pausa. Empieza, hombre; si no me enfado... ni me sorprende. Pausa. ¿Quieres que empiece yo? ¡Ejém! ¡ejém! Capítulo de cargos... ¿Voy bien?
PLINIO. Sí, señora. Capítulo de cargos.
JULIA. Si me sé yo el discurso de memoria. Pero pronúnciale que me gustará oírtele, siquiera para estar segura de que no me equivoco.
PLINIO. Un poco desconcertado. Señora, yo...
JULIA. En primer lugar, no me llames señora: me llamo Julia. No te dé vergüenza: si aunque soy tu tía... política, no te llevo más que cinco años. Julia; dí Julia.
PLINIO. Julia.
JULIA. Con un poquito más de calor.
PLINIO. Julia.
JULIA. ¡Qué raro suena dicho por tí! No parece mi nombre, ¿verdad?
PLINIO. Verdad.
JULIA. Además eres el único de la familia que me dice de usted. Háblame de tú.
PLINIO. Eso nunca.
JULIA. Como quieras. Ea, ya estamos serios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTECARMELI

Dime eso que me tienes que decir. Le mira muy atenta como una criatura.

PLINIO. Esta era una casa tranquila.

JULIA. Ya, ya.

PLINIO. Seria.

JULIA. Demasiado.

PLINIO. En la cual el tiempo estaba repartido entre el estudio...

JULIA. Y el aburrimiento.

PLINIO. No, señora.

JULIA. Julia.

PLINIO. Julia.

JULIA. Eso es. Sigue.

PLINIO. ¿Para qué?

JULIA. ¿Ya te has desanimado?

PLINIO. Es que comprendo que sería inútil todo lo que dijese.

JULIA. ¿Por qué?

PLINIO. Somos de un mundo muy distinto.

JULIA. En eso sí que tienes razón. Y ya que tú renuncias á tu discursito, pronunciaré yo el mío. Eres un chiquillo... Sí, ya lo sé, veintitrés años, pero veintitrés años conservados en ciencia, como en almíbar. Vives... de teorías, y eso no puede ser. En el mundo hay que vivir de vida... es decir, ¡no te asustes! de amor. Si tú también estás enamorado; porque de los veinte á los treinta (mi experiencia no va más allá) no hay vida sin... eso. Estás enamorado de tus teorías; pero tienen la cara fea y el corazón seco.

PLINIO. Me bastan.

JULIA. Enhorabuena, entonces. Vive feliz. Los conejos de Indias en el laboratorio, puede que sean

una ilusión como otra cualquiera; consévala; pero no te metas á destruir ilusiones ajenas, ni á censurar en nadie el amor que no sientes y la alegría que no conoces.

PLINIO. ¿Habla usted por Marcela?

JULIA. Por Marcela y por mí y por todo el mundo. ¿Con qué derecho vas á decirle á ella: "no quieras, ni á mí; no te rías", si á ella el cariño y á mí la alegría nos hacen tan felices como á ti la Historia Natural? Eso suponiendo que tú seas feliz.

PLINIO. No necesito fantasmas para serlo.

JULIA. ¿Fantasmas?

PLINIO. O mentiras.

JULIA. ¡Mira que hay mentiras que tienen una cara!...

PLINIO. No me hable usted de amor.

JULIA. Ahora eres tú el primero que le nombras.

PLINIO. Pero no quiero nada con él.

JULIA. Pues pierdes la vida miserablemente.

PLINIO. La gano para la ciencia.

JULIA. ¿Para la ciencia?

PLINIO. Para la Humanidad, si á usted le parece mejor. Inventaré, descubriré...

JULIA. ¿Un suero contra las ilusiones?

PLINIO. O contra lo que sea.

JULIA. Y después de muerto te levantarán una estatua, ¿verdad?

PLINIO. ¿Por qué no?

JULIA. Y te servirá de bastante, si mientras vivías nadie te dió un abrazo.

PLINIO. Siempre viene usted á parar á lo mismo.

JULIA. ¡Qué remedio, hijo! La tierra es redonda.

Pausa. Chiquillo, chiquillo: mírame. Estás en lo mejor de la vida; no la echés á perder para siempre; abre los ojos; mira tus veinte años que pasan cantando; no los dejes marchar, porque no vuelven. Alégrate; haz una locura, siquiera una locura chiquitita. ¡Sé feliz, por los clavos de Cristo!

PLINIO. Lo soy.

JULIA. Me alegro... pero...

PLINIO. Lo soy.

JULIA. Pero lo dudo. Cuando te despiertas por la mañana y ves la luz que entra por las rendijas te da un salto el corazón pensando: "un día más, un día que voy á vivir", y te tiras de la cama cantando y dispuesto á reírte con los primeros ojos que te encuentres. ¿Le has dado algún día un abrazo á tu madre con tanta alegría de cariño que casi te haya hecho llorar? ¿Has oído pasar por la calle una murga, y has cogido á tu hermana, y te has puesto á bailar con ella, y os habéis reído como locos sin motivo ni fundamento? ¿Has visto una noche á tu padre sentado á la mesa, leyendo sus librotos, como cansado, y no te ha entrado de repente un calor en el corazón y has ido á darle un beso ó á ponerle la mano sobre el hombro sin pronunciar palabra, pero como diciendo: "padre, que estoy aquí?" ¿No has cogido nunca un libro de versos á la hora de la siesta? ¿No has tenido en las noches de Agosto una novia, rubia ó morena, fea ó bonita, que te haya dicho: "¿Me quieres, Plinio?" ¡Entonces, no digas que sabes lo que es ser feliz!

PLINIO. ¿Usted duda de que yo lo sear?

JULIA. Y me parece que empiezas á dudarle tú.

PLINIO. Eso nunca.

JULIA. Más vale así. *Pausa.* Chico, qué serios nos hemos puesto. *Pausa.* Esto no puede seguir así. ¿No dices nada? ¿En qué estás pensando? Plinio, Plinio. ¿Te marchas? ¿Hacemos las paces?

PLINIO. Como usted quiera.

JULIA. Como usted quiera. Cuando se hacen las paces hay que sonreír. ¡Ajaja! ¿Prometes que serás niño bueno de aquí en adelante? ¿Que cuando oigas reír no fruncirás el ceño? ¿Que te reirás tú también de cuándo en cuándo? ¿Que te enamorarás antes de una semana? El que calla otorga. Mírame hombre, y no te ruborices; de los arrepentidos quiere Dios.

ESCENA XII

DICHOS y el DOCTOR DALMAU. El Doctor se asoma con precaución y mira á todas partes.

JULIA. Al Doctor. Acérquese usted, que no muerdo. ¿Viene usted á ver que ha sido de Plinio? Aquí le teine usted sano y salvo. No es tan fiero el león como le pintan, ¿verdad?

DALMAU. Señora, yo...

ESCENA XIII

DICHOS, y DON TOMÁS que baja como á regañadientes.

JULIA. ¿Otro? ¡Ah! ¿Eres tú que vienes de refuerzo? Y usted, y usted... y ustedes... Pues, amigos, llegan ustedes tarde.

SEVERO. ¿Qué?

PASCUAL. ¿Qué?

GERTRUDIS. ¿Qué dice?

DALMAU. Plinio se rinde.
SEVERO. ¿Que Plinio se rinde?
GERTRUDIS. ¿Que te rindes?
CANÓNIGO. No me sorprende.
GERTRUDIS. ¿Es eso, verdad, hijo?
PLINIO. Madre, no lo sé.
GERTRUDIS. Pero tú, ¿qué le has dicho?
PLINIO. No le he dicho nada.
SEVERO. Entonces, ¿qué ha pasado?
GUMERSINDO. ¿Qué ha pasado?
PLINIO. ¡Déjenme ustedes en paz! Sale.
GERTRUDIS. Plinio, Plinio. Pero ustedes, ¿qué hacen que no la combaten?
SEVERO. Señora, yo...
GUMERSINDO. Yo, francamente...
PASCUAL. Señora, yo...
JULIA. ¡Já, já, já!
GERTRUDIS. ¡Ay, Dios mío! Estos sabios ya no son sabios, son hombres.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

JULIA, MARCELA, JÓVENES 1.º, 2.º y 3.º Al levantarse el telón Julia acaba de decir algo y hay un silencio, durante el cual los Jóvenes se miran unos á otros, como aterrados; al fin el Joven 1.º rompe á hablar.

JOVEN 1.º ¿Dice usted que hoy mismo?

JULIA. Hoy mismo.

JOVEN 2.º ¿Que se marcha usted esta misma tarde?

JOVEN 3.º Señora, eso no puede ser.

JOVEN 1.º No puede ser.

JOVEN 2.º No puede ser.

JULIA. ¿Qué le haremos? Mi marido...

JOVEN 1.º ¡Feliz mortal!

JULIA. Me llama. Y creo que está en su perfecto derecho.

JOVEN 3.º ¡Ay!

JOVEN 2.º ¡Ay!

JOVEN 1.º ¡Ay! ¿De modo que el baile, nuestro segundo baile?...

JULIA. Le bailarán ustedes muy alegres, acordándose de mí... al cotillón, por ejemplo.